

ISIDORO B.A. SCHALAMUK

por Raúl R. Fernández

Es una gran satisfacción para mí escribir estas líneas sobre el Dr. Isidoro B. A. Schalamuk: Abel. Muchos lo llaman por su primer nombre, pero para mí es Abel; con ese nombre lo conocí y lo llamo desde hace más de 40 años.

En 1974, cuando la actividad académica se desarrollaba totalmente en el edificio del Museo de La Plata, yo iba a cursar el cuarto año de geología; una de las materias era geología de yacimientos, tema que me fascinaba desde que comencé a estudiar. Compañeros avanzados en la carrera mencionaban al profesor titular, Victorio Angelelli, por su gran conocimiento y amplia trayectoria en el tema y a un colaborador especializado en España, que hacía poco había vuelto a la Facultad. Ese curso me quedó grabado y fue significativo en mi formación. Abel, era el jefe de trabajos prácticos, un docente estupendo y siempre dispuesto, con quien valía la pena quedarse después de clase a revisar muestras o a charlar sobre la actualidad.

Terminado el secundario en el Colegio Nacional del Uruguay, Entre Ríos, Abel fue a estudiar a La Plata y se graduó como Licenciado en Geología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, en 1967. Ingresó como docente en la Cátedra



Geología de Yacimientos y continuó su actividad en la Comisión Nacional de Energía Atómica. Tal vez ya había decidido dedicarse a la investigación científica y en 1970, con una beca del CONICET, se trasladó a España. En 1972 obtuvo el título de Doctor en Ciencias de la Universidad de Salamanca por la investigación sobre yacimientos de la Faja Río Tinto; en su tesis incorporó las nuevas concepciones genéticas que comenzaban a plantearse para esos depósitos minerales. Finalizada la beca retornó a la cátedra en La Plata e ingresó a la carrera de investigador del CONICET.

Aunque no estaba en mis planes, en 1977 me incorporé a esa cátedra, con Abel y el Ing. Angelelli. Se iniciaba el trabajo sobre los yacimientos no metalíferos y rocas de aplicación de la región Centro-Cuyo que prosiguió con los del Noroeste argentino; hubo innumerables viajes de campo compartidos con Abel y

advertí cada vez más su capacidad como geólogo y mineralogista, su conocimiento sobre yacimientos y la industria minera y, sobre todo, su compañerismo y calidad humana. Se afligía cuando encontrábamos mineros trabajando en malas condiciones y más de una vez le escuché decirle a los dueños, que ese no era el tratamiento que merecían.

Abel ya formaba parte de la subcomisión para América Latina del Mapa Metalogénico del Mundo, en la que actuó por más de diez años y adquirió una visión muy amplia sobre los más variados tipos de yacimientos; esa actividad lo condujo a ser un referente sobre el tema a nivel nacional e internacional. Sus esfuerzos por incorporar investigadores al grupo de trabajo eran constantes y este crecimiento llevó al Ing. Angelelli a proponer la creación del Instituto de Recursos Minerales. Abel, su activo colaborador, lo acompañó con mucho fervor para que, en 1989, se concretara.

Su actividad en la investigación científica está plasmada en centenas de publicaciones; el aliento y la orientación de nuevos investigadores es evidente en las decenas de tesis doctorales que dirigió. Desde su ingreso a la carrera de investigador del CONICET pasó por todos los escalones hasta alcanzar, en 2003,

la máxima jerarquía de Investigador Superior. Es un docente notable que vuelca todos sus conocimientos y experiencias, con exposiciones amenas que atraen la atención de los estudiantes, los forman y motivan. Su desempeño académico lo llevó a transitar todas las jerarquías docentes, llegando a profesor titular de la cátedra de Geología de Yacimientos en 1983 y, en 2009 fue designado Profesor Extraordinario de la UNLP en la categoría de Emérito. Recibió varios premios y distinciones; no sé si él tiene alguna preferencia, pero noté su alegría cuando le otorgaron los premios Victorio Angelelli de la Academia Nacional de Ciencias (1997) y Bernardo Houssay de la Secretaría Nacional de Ciencia y Técnica (2003).

Su capacidad de gestión es, para mí, asombrosa. Elabora propuestas novedosas y es incansable y perseverante para concretarlas. Siempre se mantiene firme, pero nunca cerrado, en sus convicciones y las dis-

cute con razonamientos y argumentos. En sus dos periodos como decano de la FCNyM-UNLP (1986-1992) no sólo se ocupó de las actividades académicas, también promovió con ideas innovadoras las culturales, de extensión y, con una visión de largo plazo, la escuela de aprendices en la que jóvenes del colegio secundario aprendieron oficios para conformar una futura generación de técnicos del Museo de La Plata. Desde 1996 dirige el Instituto de Recursos Minerales, en el que destaca no sólo su faz de formador y noble trato personal, sino también la infatigable dedicación para la proyección y crecimiento del instituto, integrando jóvenes investigadores, generando nuevas líneas de investigación y concretando numerosos convenios y acuerdos de cooperación con instituciones y empresas.

En estos últimos años se esforzó por conformar un grupo interdisciplinario con el objeto de eliminar

el arsénico del agua de consumo, utilizando materiales geológicos y dispositivos de bajo costo. Su expectativa era un aporte de gran significado social. Percibí su emoción cuando se puso en marcha el primer equipo que, con ese fin, se montó en la pequeña escuela del paraje La Viruta, en el partido de Punta Indio de la provincia de Buenos Aires

No puedo escribir sobre Abel sin mencionar su disposición, en cualquier lugar que se encuentre y por más apurado que esté, para escuchar, aconsejar y opinar; así como su capacidad de captar dificultades subyacentes en sus interlocutores y la generosidad para brindar alguna solución. Pero no sólo es predisposto en las clases, en su oficina, en las escalinatas del Museo o en recónditos lugares al que lo llevan los trabajos de campo, sino también en su hogar: amigos, colegas y discípulos son permanentemente bienvenidos tanto por él como por su familia.